

CAPÍTULO V

Pocos momentos después del sofocón que le había hecho pasar el Primer Cónsul, Fouché reflexionaba fríamente en su despacho sobre las observaciones é inculpaciones del jefe del Estado. No era el antiguo oratoricense hombre que se ahogase en poca agua, y convencido de que toda palabra que no tuviese virtualidad efectiva era completamente inútil, juzgaba que un acto realizado con oportunidad valía bastante más que todas las indignaciones. ¿Para qué derrochar palabras de disgusto, de enojo y de cólera? Si Bonaparte le hubiese ordenado deportar en masa á cuantos jacobinos existían en París, acaso se hubiera emocionado, pero mientras el general se contentase, como ahora, con plañir, Fouché no tenía por qué inquietarse con su disgusto, si no era para darle alguna ligera satisfacción. Y en esto precisamente era en lo que pensaba sentado junto á la chimenea, en su amplio despacho del ministerio de la Policía.

Lo que debía preocupar á Bonaparte eran los realistas y no los jacobinos; su odio debía recaer sobre los bandidos y no sobre los antiguos camaradas de Fouché. Bien se lo

había afirmado al general: los « chauffeurs » eran vandeanos, y los desvalijadores de las diligencias proveedores de Frotté. Y la prueba era que únicamente robaban el dinero del Estado respetando el bolsillo particular de los viajeros. Pero estos hechos aislados no se concretaban en uno fuerte y llamativo, en un golpe audaz que lograrse fijar la atención general, obligando á la opinión pública á exclamar: « ¡ahí están los culpables, ahí están los realistas que acaban de cometer un atentado, y á quienes es preciso sentar la mano!» En tales meditaciones estaba sumido Fouché, cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta de entrada. Sin duda el que llamaba debía de ser persona de toda su confianza, porque el ministro no se tomó la molestia de responder: « Adelante ». Sin embargo, la puerta se abrió y el llamador apareció en el umbral.

— ¡ Ah, sois vos, Braconneau ! — exclamó el ministro.

El recién llegado avanzó unos pasos. Era hombre pequeño, cubierto con un gabán acolchado de color pardo, peinado en cocas y empolvado, de manera que no ofrecía ninguna semejanza con el chalán del abrigo que había obligado á un gendarme á que pidiera el pasaporte á Saint-Regeant en la corralada del parador *El caballo negro*. Á pesar de todo, era el mismo.

— ¿ Venís de casa de Dubois ? — preguntó Fouché — ¿ Qué ha dicho ?

— Afirma, ciudadano ministro, que los filadelfos se agitan, y que se va á realizar una tentativa para procesar á los Cónsules.

— ¡ Está loco !

— Sin embargo, no deja de haber algo de verdad en sus acusaciones. Los antiguos « clubs » tienden á convertirse en sociedades secretas... Pero el peligro no amenaza por ahí. Jorge, apenas llegado á París, se ha puesto al habla con

todos los jefes del partido realista á quienes, bien imprudentemente, ha dejado entrar el gobierno.

— Así lo ha querido el Primer Cónsul.

— Ya se tirará del pelo algún día.

— ¿No perderéis de vista á Jorge?

— No, ciudadano ministro.

— ¿Dónde se hospeda?

— En la calle del Árbol Seco; y en el mismo sitio viven también Hyde de Neuville y Saint-Regeant.

— ¿Os habéis asegurado, por vos mismo, de la exactitud de vuestros informes?

— Sí, ciudadano ministro. He tomado una habitación en la misma posada á nombre del caballero Lavernieres, y con este disfraz me ha sido fácil acercarme á esos señores. Hace algunos días, encontré á Saint-Regeant y á Hyde en el camino de Normandía, el primero viajando bajo el nombre de Víctor Leclerc, con un pasaporte en regla. Me hicieron perder la pista con gran habilidad, pero les he vuelto á encontrar y me toca á mí ahora el jugarles una pasada.

— En concreto, ¿qué sabéis de ellos?

— En cuanto á Hyde, puede decirse que no se ha movido de su alojamiento. Saint-Regeant, por el contrario, hace frecuentes visitas, entre ellas al señor duque de la Riviere, al marqués de Virien y al señor Lerebourg, comerciante de novedades, dueño de la tienda titulada *El gorro azul*, calle de San Honorato, cerca de San Roque.

— ¿Y qué tiene que hacer en casa de Lerebourg?

— Vino desde Normandía en el tálburi de Hyde.

— Entonces, ¿se conocían con anterioridad?

— No. Se encontraron en la mesa del parador, en presencia mía. El buen hombre estaba muy asustado por los peligros que podían sobrevenirle en el camino, y le ofrecieron el carruaje para mayor seguridad. Pero, además, creo

que existen otras razones para que continúen cultivando la amistad.

— ¿Cuáles?

— El ciudadano Lerebourg tiene una mujer muy guapa...

— ¿Qué ideas políticas profesa ese Lerebourg?

— Excelentes, ciudadano ministro. Proveedor de madama Bonaparte y de toda la alta sociedad parisiense, cuenta entre sus clientes más asiduos á los ciudadanos Tallien, Recamier y al general Junot. Por lo demás, nuestro hombre no se ocupa de política como no sea para pedir la estabilidad del gobierno consular...

— ¿Conoce la calidad de su compañero de viaje?

— De ninguna manera. Solamente conque sospechara que se le había presentado bajo nombre supuesto, bastaría para que no le acogiese en su casa. Le toma por el ciudadano Víctor Leclerc, sin más...

— ¿Y la mujer?

— ¡Ah, la mujer es harina de otro costal! He logrado que suelten la lengua las dependientas, quienes me han informado que la señora de Lerebourg es de origen noble, oriunda de Bretaña, de donde vino hace algunos años, casándose poco después con el amo de *El gorro azul*, que estaba enamorado de ella. Tiene fama de honrada, pero...

— Una mujer siempre es honrada antes de dejar de serlo. Saint-Regeant es de Bretaña también, y acaso se conocerán... Vigíladlos... Volvamos á Jorge ¿en qué se ocupa?

— No sale del Palacio Real. Siempre está en los almacenes de Bois, con las muchachas, ó en el 113, jugando al faraón. Por lo demás, pierde cuanto quiere... y apenas si se oculta. Se le reconoce tan fácilmente, que, desde el primer momento, diez de mis agentes me han señalado su presencia... ¿Es necesario arrestarle?

— ¡Guardaos bien! La coincidencia de juntarse en

París Hyde, procedente de Inglaterra, y Jorge, que viene de Bretaña, es muy significativa, y demuestra que va á producirse algún suceso importante. Hasta el presente, han triunfado de mi vigilancia, pero ahora tengo el hilo y sabré de qué se trata.

— Entonces, ciudadano ministro, ¿continúo ocupándome de Saint-Regeant?

— Sí, pero no descuidéis el asunto de los filadelfos. El Primer Cónsul está convencido de que son los jacobinos quienes amenazan el poder, y aunque no soy de la misma opinión, no quiero dar motivo á la crítica. Es preciso, pues, que si se trama algo por ese lado, esté yo en condiciones de poder evitarlo... Ese imbécil de Dubois no ve más allá de sus narices...

— Deberíais obtener del Primer Cónsul que le reemplazara...

— ¿Estáis loco, amigo mío? ¡Si se tratara de un hombre de valía que nos ayudara en todas nuestras empresas!... ¡Però tratándose de un incapaz,... esperad sentado!

— ¡No se me había ocurrido!

Fouché tuvo una sonrisa que plegó las comisuras de sus labios, é hizo un ademán de despedida al agente que se inclinó con humildad y salió como había entrado: silenciosamente. El ciudadano Braconneau, temible polizonte cuya especialidad era la política, había formado entre los agentes de Lenoir, antes de la Revolución. Brazo derecho de Mailard, tomó parte en las matanzas de septiembre y, bajo el Terror, se distinguió entre los más feroces hebertistas. Como por arte de encantamiento, había secundado á Tallien en Termidor con tanta fortuna, que tales méritos le condujeron en línea recta al servicio de Fouché, bajo cuyas órdenes se sintió en su verdadero elemento, hasta el extremo de que las intrigas tortuosas de este hombre de dos caras no

tuvieron secundador más celoso que el ciudadano Braconneau. Sin prejuicio alguno, apto para toda clase de cometidos, el policía gustaba con verdadera fruición su oficio, amándole con el mismo entusiasmo que un perro la caza. Estricto y preciso en el cumplimiento de su deber, no era más que un polizonte, pero hasta los tuétanos. Con estas condiciones, no extrañará que desde los primeros momentos tuviese la intuición de lo que pasaba en casa de Lerebourg y que en la turbación particular que parecía agitar á la hermosa Emilia, tan grave y fría siempre, adivinase que la llegada de Saint-Regeant había producido alguna alteración en *El gorro azul*.

Horas después de la entrevista tenida con Fouché, Braconneau, sentado en la tienda delante de la sección de corbatas y guantes, prodigaba sonrisas á la dependiente y le recitaba galanterías con la gracia y el ingenio del antiguo régimen:

— ¡Ah, deliciosa Hermancia! Si quisiérais ser un poco amable, ¿qué no haría yo para recompensaros vuestras bondades? — decía el agente de Fouché.

— Señor — replicó la encargada de la tienda, — si tomaran en cuenta sus palabras, no tendrían bastantes ojos para llorar después. Estas señoritas aseguran que sois un engañador, y la principal, la ciudadana Lerebourg, nos tiene bien advertidas contra las zalamerías de gentes de vuestra clase...

— ¡Hum! ¿Practica ella los preceptos que os impone?... ¿No hace la rosca alrededor de ella cierto gallito de cresta morena, que me parece diabólicamente inquietante para el marido de la dama?...

— ¿Se refiere usted al señor Leclerc? Ese no se ocupa más que de sus negocios, y le gusta más hablar con el señor que con la señora. Tengo entendido que su viaje no tiene más

objeto que el de vender, y precisamente esta tarde debe ir con el amo á enseñar algunas piezas de tela á la mujer del Primer Cónsul...

— ¿Y cómo sabéis eso, divinidad?

— De una manera muy sencilla : yo he sido la encargada de embalar los retales y he oído que decía el ciudadano Lerebourg : si la ciudadana Bonaparte consiente en implantar la moda de los brocados de Lión, es una fortuna para nosotros... Por lo demás, Leclerc sabrá explotar sus muestras y arreglará el asunto á maravilla...

— Sí, no dudo que la ciudadana Beauharnais quiera restaurar el reinado de la elegancia, y crear una verdadera corte... Pero la sociedad femenina que la rodea es todavía bien mediocre, y no será con las antiguas fruteras y las poco ha planchadoras que frecuentan los salones de las Tullerías con las que se pueda, hasta pasado mucho tiempo, constituir una aristocracia.

— Sois demasiado despreciativo al hablar de esas damas, caballero... Madama Lannes es muy guapa, madama Murat es hermosa, y en cuanto á la hermana del Primer Cónsul, la encantadora Paulina...

— Consiento por lo que á esa se refiere : es una perfección... Pero, adorable Hermancia, ninguna de todas puede rivalizar con vos....

Levantóse con graciosa desenvoltura, y una ligerísima nube de polvillo odorante se desprendió de su peluca.

— ¿Le mando estas compras á su casa?

— No, hermosa; tengo mi carroza á dos pasos, delante de San Roque... Llevaré esos paquetitos bajo el brazo...

Saludó con una sonrisa, fué á la caja seguido por la bonita vendedora, y una vez fuera de la tienda, murmuró :

— De prisa, Braconneau, amigo mío. Vamos á cambiar de rostro y de vestido. Se trata de no perder de vista el

rótulo de *El gorro azul* desde las seis de la tarde. Si Saint-Regeant va á las Tullerías, no será ciertamente para exhibir un muestrario á Josefina. Sea cualquiera su proyecto, estaré alerta.

Al llegar á la esquina de la calle de la Sourdiere, el agente aceleró el paso, dió rostro al cerrillo de los Molinos, y se internó por el camino de una casita de fachada ruinosa. Media hora más tarde, volvió á salir vestido de currutaco, con pantalón ceñido, levita de largos faldones, triple chaleco y sombrero apuntado sobre una peluca rubia. Nada quedaba ya del viejecito de acolchado gabán de seda, pero continuaba siendo el mismo Braconneau, el temible sabueso de Fouché. Cuando, á eso de las siete, el mozo de almacén del ciudadano Lerebourg acabó de colocar en un carruaje de alquiler las piezas de tela cuidadosamente reunidas en un paquete, la hermosa Emilia salió de casa acompañada de su marido y de Saint-Regeant.

— Vamos, ciudadano Leclerc, montad y sentaos al lado de mi mujer, — ordenó el comerciante dando una palmadita amistosa sobre el hombro del joven.

Saint-Regeant subió al carruaje, y se colocó en el asiento delantero.

— Ah, ¿no me obedecéis? ¡ Bueno ! el trayecto no es muy largo... Cochero, al palacio de las Tullerías...

Mientras rodaba el coche en la dirección indicada, Saint-Regeant alargó con precaución una de sus manos, cogió la de Emilia, y la estrechó dulcemente. Los dedos de la joven intentaron un esfuerzo para desasirse, pero, prisioneros, tomaron el partido de resignarse, y Saint-Regeant sintió que el calor de la carne húmeda le subía hasta el corazón. Lerebourg habíase puesto á charlar, mas los jóvenes estaban demasiado ocupados de sí mismos para escucharle. La pierna de Saint-Regeant avanzó suavemente

hasta rozar la rodilla de la joven, y el audaz sintió que se estremecía y que la manecita prisionera se crispaba como enloquecida. De aquel contacto brotó un fuego que los devoraba, y mientras que Lerebourg continuaba monologando, ambos tuvieron tiempo de gustar vivísimas sensaciones. De súbito, dijo el comerciante :

— Ya hemos llegado.

Las dos manos se separaron, y ambas miradas volviéronse al exterior. Ya Lerebourg había echado pie á tierra frente a granadero de la guardia consular de centinela.

— Vamos, ciudadano Leclerc, dadme esos paqu es de telas... Apéate, Emilia... Coge los encajes... Nuestro amigo se encargará de los terciopelos... Cochero, esperadnos...

Y atravesando el patio, ganaron el vestíbulo donde un oficial de servicio estaba de plantón al pie de la escalera :

— ¿La generala Bonaparte...?

— Subid al primer piso, ciudadano... Allí encontraréis á quien preguntar...

En el primer piso, encontraron un criado que abandonó la banqueta para salirles al encuentro :

— Soy el ciudadano Lerebourg, — dijo el comerciante — y madama Bonaparte me espera...

El criado se inclinó :

— Tengo orden de introducirlos, ciudadano... Si tenéis la bondad de seguirme...

Lerebourg, Emilia y Saint-Regeant, atravesaron una galería y se encontraron en las habitaciones particulares de la esposa del Primer Cónsul. El criado les hizo detenerse en un saloncito forrado de tela verde, amueblado con ligeros canapés y butaquitas de pies torneados siglo XVIII, y esperaron. Un murmullo de conversación llegaba hasta ellos, murmurio de varias voces delicadas sobre las cuales, de vez en cuando, alzábase otra de tono más robusto, como si un

hombre tomase parte en la discusión en un conciliábulo femenino. La puerta se abrió bruscamente, y Josefina, sonriente, avanzó seguida de Hortensia Beauharnais y de madama Murat. Llevaba la primera un vestido blanco de muselina de la India, adornado de riquísimos encajes. Un descote atrevido dejaba al descubierto casi por completo su garganta de forma perfecta, y las mangas descubrían los brazos hasta los hombros. La falda era tan fina y tan estrecha, que las formas de la hermosa criolla se moldeaban á cada movimiento bajo los pliegues. Traía los cabellos castaños recogidos sobre lo alto de la cabeza, y caían en bucles sobre las sienes. Podía ocultar su edad victoriosamente, y si la dentadura fuese más bella, hubiera podido rivalizar en encantos con la hermana de Bonaparte y con la misma Hortensia. Con gracioso ademán invitó á las dos mujeres á sentarse, señaló un X á madama Lerebourg, y volviéndose hacia el comerciante de novedades le dijo con tono juguetón :

— Vamos, señor de *El gorro azul*, enseñadnos vuestras maravillas...

Mientras esto decía, examinaba con curiosidad á Saint-Regeant, cuya elegante presencia realzaba un frac de color castaño, y un pantalón de gamuza ceñido. De una ojeada apreció el color mate del joven, el hermoso perfil encuadrado entre bucles morenos, el pie combado dentro de las botas de campana; todo cuanto, en una palabra, ofrecía su persona de elegante y de aristocrático. Una sonrisa cruzó sus labios, y preguntó :

— ¿Este señor es el que ha venido de Lión con las telas que traéis para enseñármelas?

— Sí, señora; — respondió el fingido Leclerc con un saludo respetuoso.

— Bien, ponedlas sobre la mesa.

— Traigo también encajes muy hermosos que me han enviado de Inglaterra y telas de la India muy notables — intervino Lerebourg.

Y al mismo tiempo que esto decía, iba extendiendo sobre una pieza de terciopelo verde, magníficos volantes de punto de aguja que despertaron la admiración de Hortensia y de madama Murat. Josefina, más atenta á lo que Saint-Regeant le mostraba, revolvió con su fina y blanca mano los brocados de Lión.

— Y esta industria ¿tiene necesidad de estímulo? — preguntó.

— Sí, señora; — respondió el joven con voz queda. — La villa no se ha repuesto todavía de la terrible represión del 93. Los tejedores de seda han sido diezmados, y un hombre de genio llamado Jacquart acaba de inventar un aparato que sustituye con precisión maravillosa el trabajo del hombre. Con un poco de interés, la industria lionesa renacerá rápidamente, y bastaría que el general-cónsul consintiera en apadrinar la moda de los trajes de seda y terciopelo, para que las fábricas volvieran á cobrar actividad...

— Explicáis las cosas con gran claridad — observó Josefina — y será conveniente que Bonaparte escuche todo eso de vuestros labios... Voy á informarme de si eso es posible...

Se levantó y salió del salón. Emilia, ocupada con Hortensia y madama Murat, apenas había notado la conversación de Josefina con el falso Leclerc, pero Lerebourg comprendió muy bien todo, y dijo vivamente á su amigo :

— Escuchad : si el Primer Cónsul acepta vuestras ideas, no me olvidéis, y seguid una parte en las ganancias para la casa...

— Descuidad. No en balde habremos venido aquí esta tarde.

— Yo me quedo con este volante — dijo madama Murat

— y con este chal. Es un dibujo verdaderamente caprichoso.

— Deje este vestido de punto de Inglaterra para mi madre. Le sentará divinamente.

En este momento reapareció Josefina :

— El Primer Cónsul quiere verle, señor, — exclamó. — Quedaos con mis telas. El señor Lerebourg y su señora recogerán los encajes... excepto aquellos que hayan tentado á mi cuñada y á mi hija.

La señora de Lerebourg y su marido se inclinaron. Lerebourg hizo un paquete con las telas y los encajes, mientras Emilia miraba á Saint-Regeant con un poco de asombro. El joven estaba tan tranquilo y con actitud tan sencilla como en la tienda de *El gorro azul*, y parecía encontrar muy natural el inexperado favor que, á la primera tentativa, iba á permitirle encontrarse en presencia del jefe del Estado. Y en seguida, un poco de temor se mezcló á su sorpresa, porque tuvo la intuición de que acababa de poner el pie en terreno sobradamente peligroso. Dispuesto á partir ya su marido, hizo una reverencia á Josefina mientras que Lerebourg se deshacía en inclinaciones, y en este momento percibió una mirada de Saint-Regeant tan cargada de ternura, que bastaba para probar que, en todo caso, su corazón no tenía secreto alguno para ella. El joven viajante, como si quisiera afirmar su personalidad comercial, dijo á Lerebourg :

— Mañana por la mañana iré á veros á la tienda.

Á solas con Josefina poco después, — Hortensia y madama Murat habían desaparecido hacía un momento como obedeciendo á una orden; — la esposa del Primer Cónsul sentóse en una butaca y preguntó sonriendo al joven :

— ¿Sois vos el señor de Saint-Regeant?

— Sí, señora; — respondió el emisario realista inclinándose con elegancia.

— ¿No tiene sospechas de vuestra verdadera calidad el señor Lerebourg?

— Ni remotamente. Me ha parecido más sencillo y menos comprometedor para él no dejarle entrever nada de mis asuntos.

— Bien. La joven Lerebourg se ha impuesto muy diestramente de su misión. Es una mujer despierta, muy correcta; me gusta mucho. Pero, si no he comprendido mal, no debíais venir solo esta tarde ¿dónde habéis dejado á vuestros compañeros?

— Los señores Hyde de Neuville y Cadoudal, esperan en la esquina de la posada de Nantes á que una persona, llevando un pañuelo blanco en la mano, se aproxime á ellos diciéndoles esta sola palabra: *Luis*.

— Voy á dar orden de que vayan á buscarlos y á prevenir al general. Tened un poco de paciencia.

En el silencio del palacio, Saint-Regeant permaneció adosado á la chimenea, alerta el oído para percibir cualquier ruido familiar, pero no oyó más que el lejano rodar de los carruajes y el paso cadencioso del funcionario en el patio interior. Así transcurrió un cuarto de hora sin que el corazón del emisario realista acelerara sus latidos, no teniendo inquietud alguna por sus compañeros ni por él, dada la fidelidad con que habían sido transmitidas todas las indicaciones que debían hacerle recomendar por Josefina. Las grandes influencias que en derredor del Primer Cónsul en favor del partido de los príncipes se ejercían, eran reales, y, sin duda alguna, las favorecía la misma Josefina. ¿Cabía esperar que se encontrase á Bonaparte bien dispuesto para una restauración? ¿Serían más exactos los cálculos de Hyde, que las dudas de Jorge? El espíritu móvil de Saint-Regeant pasó entonces á otro sujeto, viendo ante sí la hermosa figura de Emilia. ¡Qué seductora era y cuánto la amaba!

Aún le parecía sentir la cálida presión de su mano en el carruaje que á palacio los condujo. Y, transportado por el ensueño amoroso, Saint-Regeant había olvidado ya dónde estaba, á qué había ido y qué personaje ilustre iba á visitar, cuando se abrió la puerta y aparecieron Hyde y Jorge conducidos por un oficial. Avanzaron sonriendo, y después de haber estrechado la mano de su amigo, se colocaron al lado suyo. El oficial se había detenido, y dijo en tono conciso:

— Tengo la obligación de asegurarme, ciudadanos, de que ninguno de vosotros trae armas ocultas.

Jorge abrió el frac con gesto de indiferencia, desabrochó el chaleco, y respondió con una sonrisa:

— Ni pistoleta, ni puñal, como podéis ver. Por lo demás, os autorizo á que me registréis si lo creéis necesario.

Hyde y Saint-Regeant habían imitado á Jorge, y el oficial, inclinándose, pasó á la pieza vecina. Al cabo de un momento, de nuevo se abrió la puerta y apareció el vencedor de Arcola. Una sombra de inquietud nublabá su frente al saludar á los visitantes con un movimiento de cabeza. Uno de sus ayudantes de campo, con uniforme de húsar, le seguía, y pareció tener la intención de instalarse en un ángulo de la sala.

— Retiraos, coronel Rapp — indicó Bonaparte.

Rapp hizo una mueca, y posando la mano sobre la empuñadura del sable con aire de mal humor, respondió saliendo:

— Ahí estoy, al alcance de la voz. Una palabra, y acudo.

— Retiraos y cerrad la puerta.

— Todo menos eso, — replicó el ayudante de campo. — Pero estad tranquilo, general, no oiré una palabra de cuanto aquí se hable.

Y desapareció, dejando la puerta entreabierta. Durante un segundo, Bonaparte examinó á los tres emisarios realistas, posando su mirada, fija, sobre la robusta y alta figura

de Jorge. Después sonrió, y sentándose cerca de la chimenea, indicó á los tres hombres sendas sillas.

— Estáis bien guardado, general, — exclamó Hyde dando un capiroe tozan la chorrera de encaje.

— Vuestros príncipes me suelen molestar, — replicó Bonaparte con voz suave. — ¿Qué venís á decirme de su parte?

— ¿No os parece, general, que Francia ha sido turbada en demasía por la Revolución — preguntó Hyde — y que ha llegado el momento de restablecer el orden?

— Á eso me consagro con la ayuda de los buenos ciudadanos. Y hay que convenir, señores, en que vosotros no hacéis más que aglomerar obstáculos en el camino que hemos emprendido. La pacificación de Vandéa y el armisticio recientemente firmado, van á permitir al país respirar un poco, pero las bandas de Normandía no han sido desarraigadas aún y los partidarios de Frotté continúan recorriendo el campo. ¿Qué es necesario hacer para conseguir la paz? Sabéis que yo no tengo la costumbre de implorar al extranjero, pero puedo ser un poco menos orgulloso tratándose de franceses.

— General, sois un gran capitán, y nosotros nos inclinamos ante vuestra gloria. Pero nuestros príncipes pertenecen á una ilustre raza que ha formado, engrandecido y dado esplendor á Francia. ¿Qué haríais por nuestros príncipes?

— ¿Qué quieren ellos?

Cadoudal, que hasta entonces había permanecido mudo dejando hablar á Hyde de Neuville, enderezó de súbito el torso vigoroso, y, mirando al Primer Cónsul, pronunció estas dos sencillas palabras :

— El trono.

— Ah, general Cadoudal: veo que vais derecho al bulto,

sin perder el tiempo en circunloquios, — respondió Bonaparte con una sonrisa. — Me gusta más ese procedimiento, pero sois muy exigente. ¿El trono? Ya no hay trono en Francia, y el sitio que ocupaba, bien lo sabéis, se llama del trono derrocado.

— Se le puede reinstaurar. Cromwell abatió el de Carlos I y Monck restauró el de Carlos II. También Monck era un general victorioso.

— Monck tenía alma de subalterno, puesto que consintió en darse un amo.

Á estas palabras, los tres realistas cambiaron una mirada.

— ¿Debemos ver en esa respuesta — preguntó gravemente Hyde — la expresión de vuestro pensamiento íntimo? Ese trono que nosotros pedimos para los Borbones, ¿le reserváis para vos?

Bonaparte se estremeció, y examinó á Hyde con atención curiosa, como si le sorprendiera verse tan ampliamente adivinado. Sacudió la cabeza, cuya frente, blanca y pulida como un mármol, continuaba serena; cerró los ojos como si quisiera ocultar la mirada, y con voz firme replicó :

— ¿Para qué quiero un trono? ¿No soy yo el amo? ¿No obedece todo á mi voluntad en este país? Eso bien lo sabéis vosotros, vosotros, que precisamente habéis venido aquí esta tarde para implorarme en favor de los príncipes emigrados. Yo puedo, en efecto, restaurar el trono que ha derrocado la Revolución y colocar en él á Luis XVIII. Pero, ¿para qué? ¿No habría que comenzar al día siguiente la lucha contra el antiguo régimen? ¿Al volver el rey, no vendría acompañado de su corte, de sus favoritos, de sus cortesanos, de toda esa pléyade que ha expulsado Francia y que no quiere volver á ver más? Y una vez la autoridad reconquistada, ¿no restablecería los privilegios, los abusos, cuya destrucción ha costado diez años de lucha entre lagos de

sangre? ¿Creéis que hemos vencido á Austria y á Rusia, combatido á Inglaterra, sometido á Egipto, y paseado victoriosa la bandera tricolor sobre cien campos de batalla, para ofrecer todas las conquistas de la Revolución, la libertad de un pueblo, y su porvenir y su grandeza á los herederos degenerados de Luis XIV? ¡Vamos, señores; vosotros no habéis podido pensar que tal cosa fuese realizable, y seguramente, que no es para pedirme eso para lo que habéis venido esta tarde aquí!

— Sin embargo — respondió Hyde con firmeza, — es el único recurso que para conjurar la crisis en que Francia se debate nos parece posible. Pretendéis ser el amo, pero aún quedan bastantes provincias que se sustraen á vuestro poder. Todo el país del lado allá del Loira escapa á vuestra autoridad, y una buena parte del Mediodía se agita febril. En cuanto á Normandía, acabáis de decirlo hace un instante: todavía está en armas, y á diez leguas de París, las carreteras están tan poco seguras que los correos son atacados diariamente. Las bandas de « chauffeurs » llegan hasta el extrarradio, donde saquean é incendian granjas y castillos, sin que vuestras columnas volantes puedan destruirlas. Excepto la parte ocupada por vuestro ejército, el resto del país vive en perpetua inseguridad y en alarma constante. La justicia es incierta, la religión no existe, la propiedad duda del porvenir, y la misma familia se disgrega bajo el influjo de vuestras leyes; en tales condiciones, únicamente las reglas de orden tradicional impuestas por la monarquía, pueden devolver la paz á este desgraciado país apenas repuesto del Terror, y tembloroso aún de los excesos de la Revolución. El restablecimiento de este orden es lo que venimos á solicitar, y vos sabéis muy bien que fuera del principio monárquico hereditario nada sólido puede existir, porque, si desapareciérais en el fragor de una de vuestras

batallas, ¿qué quedaría al día siguiente del gobierno por vos establecido? Los jacobinos, puestos en razón por vos, no podrían imponerse más que por la violencia, ¿y cuánto duraría su poder? En cuanto á los realistas, sabéis muy bien que no están desarmados, y que su inactividad obedece solamente al armisticio pactado en Fontenay. Gracias á él, hemos podido nosotros llegar libremente á vuestra presencia, y deciros que no se trata más que de la paz ó de la continuación de la guerra. Á vos os toca decidir.

Bonaparte sonrió, y dirigiendo á Hyde una de aquellas miradas cuya luminosidad era casi insostenible, preguntó con el más suave tono de su voz:

— ¿Qué condiciones me ofrecéis?

— Vendréis á Cherbourg, general, con un cuerpo de ejército escogido por vos y todo vuestro Estado Mayor, á recibir como rey al conde de Provenza, bajo el nombre de Luis XVIII. En prueba de su reconocimiento, Su Majestad os donará el dominio de Chambord, la dotación pecuniaria que vos mismo fijéis, el título de príncipe y la espada de condestable...

— ¿La de Borbón, que vendió á Francia?

— No; la de Duguesclín, que la salvó.

Bonaparte frunció el entrecejo y murmuró

— Me basta la espada de Marengo.

— ¡Ah!, — dijo Saint-Regeant, — si no hubiera llegado Desaix...

— Llegó porque debía llegar: tenía mis órdenes.

— General, — añadió el joven; — aún estáis en la edad en que se disfruta de los favores de la fortuna. ¡Tened cuidado que un día, el general que esperéis no llegue!...

Una sombra cruzó la frente de Bonaparte; su mirada se apagó como si en las lejanías del pensamiento entreviera el espectáculo del desastre. Pero la turbación pasó rápida-

mente, y respondió con una calma que impresionó á sus auditores :

— Estoy seguro de mi camino. Una estrella, que es la mía, y que yo no pierdo de vista, me guía hacia el final. Y este final está muy alto, y será glorioso. Al lado de lo que quiero hacer, no tiene importancia alguna lo que hasta hoy he realizado. Yo daré á Francia una administración proba, una justicia imparcial; yo le devolveré el ejercicio del culto. La quiero rica, la quiero poderosa, y tan grande como no lo ha sido jamás. ¿Pueden hacer algo mejor vuestros príncipes? Entonces, yo les entrego la corona. Pero si no han de ocupar el trono más que para continuar á Luis XVI, tanto vale correr á nuevas catástrofes. Y ya es bastante una cabeza de rey cortada por la Libertad.

Los tres enviados realistas, comprendiendo que se habían pronunciado las palabras decisivas, se levantaron. Bonaparte los miró gravemente, y meneando la cabeza les dijo :

— Es gran lástima que energías y talentos como los vuestros sean empleados en cosas tan nimias. Volved al lado de los príncipes, dadles cuenta de vuestra misión, y si tenéis corazones de franceses, pedidle la licencia. Y entonces, volved nuevamente á buscarme, y yo os daré, á vos, Cadoudal, la ocasión de distingueros en el ejército; á vosotros, señores Hyde y Saint-Regeant, puestos envidiables en mi Consejo de Estado. La vandeanería ha terminado, señores; es necesario servir á Francia.

— Servir al rey, es servir á Francia. Adiós, general.

Se inclinaron, y cuando se disponían á partir, Bonaparte llamó :

— ¡ Rapp !

El coronel apareció en el acto.

— Acompañad á estos señores — añadió el Primer Consul;

y con una inclinación de cabeza, se despidió de ellos y salió del salón.

— Á sus órdenes, señores, — dijo Rapp.

Entonces, Cadoudal, inclinándose al oído de Hyde, murmuró :

— Acabamos de perder una ocasión, acaso única. Ese hombre será para nosotros un enemigo irreconciliable, y hubiera debido ahogarle entre mis brazos.

CAPÍTULO VI

Cuando á la mañana siguiente descendió á la tienda la ciudadana Lerebourg, cogió al vuelo un fragmento del diálogo sostenido por dos de las dependientas, que tuvo la virtud de disgustarla profundamente. La señorita Hermancia colocaba una colección de corbatas en un muestrario de escaparate, y la señorita Zoe iba clavando sobre cada una marbetes indicadores de clase y precio. Mientras hacían su labor — en *El gorro azul* no se perdía el tiempo — las dos charlaban alegremente :

— Á mí — decía Hermancia — el que me gusta es el teniente Canouville... ¡ Ah, qué bien monta á caballo !

— Pshé, esos militares — replicó Zoe — nunca se puede atar cabos con ellos. Cuando más segura te crees de haber encontrado el amor... ¡ tararí !... un toque de llamada y ahí tienes al hermoso guerrero en marcha para Alemania, ó para Italia... de donde volverá si el dios de las batallas le protege. ¡ Y menos mal si no vuelve con un brazo ó una pierna de menos ! No, no. A mí háblame de un joven que se dedique á la industria ó al comercio... Por ejemplo, un buen mozo como el señor Víctor Leclerc...

— ¡ Límpiate ! Ese no está para tus narices, chiquita...

Las dos charladoras no pudieron decir más á este propósito, porque Emilia acababa de entrar en la tienda.

— ¿ No está el señor Lerebourg ? — preguntó á las dos muchachas.

— Aquí no, señora. Está en el despacho con el señor Leclerc...

La dueña de *El gorro azul* atravesó la tienda, empujó una puerta vidriera, y penetró en una habitación retirada que daba al patio, y en la que el señor Lerebourg tenía los libros, los grabados de modas y las colecciones de muestras. Saint-Regeant estaba de pie delante de una mesa cubierta de lazos y de piezas de terciopelo marcadas, y Lerebourg, con cuidado meticulado, iba indicando á su amigo los precios y referencias, que apuntaba en un estado preparado de antemano.

— Mientras estéis en Lión, — decía el comerciante, — negociaréis en estas clases de terciopelos, y una vez terminados los asuntos, aprovechad la ocasión de hallaros en el país, para trasladaros á Saint-Etienne y tratar de las randas... En eso se puede hacer un buen negocio... Vamos á poner muchos lazos en los vestidos de las mujeres y en los trajes de los hombres... Será la moda de este invierno... Ahora, mientras el comercio de adornos está en completo marasmo, conviene adquirir grandes partidas, porque se podrán obtener á un precio que se triplicará dentro de tres meses... Comprad todo lo que podáis, y haced lo mismo con los galones y las pasamanerías... El general Bonaparte quiere volver á la elegancia en los uniformes del ejército... porque le parece que el prestigio de un cuerpo aumenta en gran manera con la belleza del aspecto... Se vá á dotar de zamarras á los oficiales... ¿ No os habló de esto durante la audiencia ?

Saint-Regeant saludó á madama Lerebourg que acababa de entrar, y luego respondió al dueño de *El gorro azul* :

— No; me habló sobre la fabricación de Lión, que le preocupa mucho... Quiere imponer los trajes de seda y de terciopelo á todos los funcionarios del Estado, para asegurar el consumo á la industria de la segunda villa de Francia.

— ¿Lo veis? ¡Grande hombre que desciende de las alturas de la política para ocuparse de los asuntos comerciales! ¡Admirable ingenio, señor Leclerc, bien digno de reinar en el trono de Francia!

— ¡Reinar! ¿Cómo es eso, ciudadano Lerebourg, — exclamó riendo Saint-Regeant. — ¿Habremos derrocado á la realeza para darnos un amo de azar?

— Sí, sí, — replicó Lerebourg. — Esa es la gran cuestión. Se le va á nombrar Cónsul perpetuo, y eso es lo que necesitamos para nuestra felicidad...

— Me parece que te has ido un poco lejos de los lazos y de las sedas — insinuó la hermosa Emilia. — Y tu política no divierte mucho al señor Leclerc...

— Tienes razón, mujer, como siempre. Pero ya hemos examinado todo cuanto teníamos de más indispensable... y el ciudadano Leclerc marcha mañana...

— ¿Eh? ¿Os marcháis? — exclamó Emilia.

— Es preciso, señora, — respondió el joven. — Mis negocios me llaman á Lión, y si me he detenido aquí tanto tiempo no ha sido más que por complacer á vuestro esposo. Ahora, tengo que ganar el tiempo perdido. Ya he mandado guardar mi asiento en la diligencia hasta Chalón, donde tomaré el barco hasta Lión...

— Mientras tanto, almorzaréis con nosotros.

— Lo siento mucho, pero me es imposible... Me esperan...

— ¡Qué! ¿No os volveremos á ver antes de marchar?

— ¿Por qué no viene el ciudadano Leclerc al baile de

esta noche en el pavellón de Hanóver? ¿No vas á ir tú? — preguntó Lerebourg. — Es una reunión muy elegante, donde podréis ver nuestras más hermosas mujeres, — añadió dirigiéndose al joven; — os confieso que si nosotros vamos, es por seguir la moda... y para cultivar y ampliar nuestras relaciones... La señora de Hamelín va por allí de vez en cuando, y el mismo ciudadano Barrás no desdeña la ocasión de darse á ver...

— ¿Iréis? — interrogó dulcemente Emilia.

— Seguramente, señora, — respondió Saint-Regeant. — No faltaré. Hasta la noche.

Próximamente á la misma hora, llegaba el ciudadano Braconneau á casa de Fouché, y penetraba en las habitaciones particulares del ministro sin anunciarse. El antiguo oratoriano, en traje de casa, con el semblante taciturno, los ojos inyectados, impasible y como muerto, leía unos informes mientras que su ayuda de cámara acababa de calzarle. No levantó siquiera la cabeza, y como si hubiera reconocido al policía en el ruido de los pasos, exclamó :

— ¿Sois vos, Braconneau?

— Sí, ciudadano ministro; hay novedades.

Con un ademán, Fouché indicó la puerta al ayuda de cámara, que desapareció.

— Ayer tarde, el Primer Cónsul ha recibido en audiencia privada á Jorge, á Hyde de Neuville y al caballero de Saint-Regeant...

— ¡Ah!... ¿Y quién ha intervenido en ese asunto?

— Josefina.

— Decid madama Bonaparte, os lo ruego, Braconneau. Ya no estamos en Termidor... Hay por medio un Brumario...

— ¡Pardiez! Después de lo que os cuesta... la tratáis con demasiados miramientos... Ella os hace traición... ¿No debía haberos informado de esta intriga?

— De acuerdo, Braconneau. Pero prefiero que me la hayáis revelado vos. Así le tomo la delantera á madama Bonaparte... De manera que ayer tarde, Jorge, Hyde y Saint-Regeant han sido recibidos en las Tullerías...

— En el salón amarillo de la planta baja...

— ¿Quién los ha introducido?

— Saint-Regeant llegó acompañado del ciudadano y de la ciudadana Lerebourg, propietarios de *El gorro azul*...

— Los conozco... Son mis proveedores... ¿Conque la hermosa Emilia anda en el ajo?... ¿Hay algún amorío por medio?

— Aún no sé nada con seguridad. En cuanto á Jorge y á Hyde, esperaban en el patio de las Tullerías, á donde vino á buscarlos el coronel Rapp...

— Lo cual demuestra que el Primer Cónsul estaba prevenido... ¿Á qué hora salieron?

— El ciudadano Lerebourg y su esposa se retiraron con las muestras á las nueve de la noche, y los tres emisarios de los príncipes á las once... En cuanto á lo que haya pasado entre esos tres hombres y el Primer Cónsul...

— Lo sé. Han venido á pedirle que restaure á los Borbones en el trono. Y...

Fouché se interrumpió, añadiendo en seguida con una risa silenciosa :

— Son inocentes de pies á cabeza creyendo que trabajará por cualquiera otro que no sea él mismo...

— Entonces...

— Entonces, Braconneau, intentarán matarle como ya lo han intentado varias veces... y ¿quién sabe? acaso ahora lo consigán... Eso sería muy lamentable para mí y para los míos, porque el partido de Luciano y de José ocuparía el poder, y nuestra seguridad correría gran riesgo...

— ¿Esperáis mucho del Primer Cónsul?

— Si no pasa de Cónsul, no... Pero si adviene emperador, tendrá necesidad de mis servicios, porque entonces verá en contra suya á los jacobinos y á los realistas. Y mal podrá defenderse con la policía de Palacio.

— Y de los realistas ¿qué podríais esperar?

— Respecto á mí, lo que su interés personal les aconsejara.

— ¿Y de los jacobinos?

— El cadalso. Esos no perdonan jamás.

Los dos policías, jefe y confidente, quedaron un instante silenciosos. Al cabo de una pieza, Fouché dirigió sobre Braconneau su mirada inexpresiva y dijo :

— Continúad vigilando los movimientos de esos tres hombres, y convertíos en la sombra del que os parezca más activo. En cuanto á los otros, hacedlos observar por hombres seguros, y tenedme al corriente de todo...

Al salir de la habitación de su jefe, Braconneau ganó el Puente Nuevo, entró en una casita del muelle de los Orfebres, subió rápidamente al primer piso, dió en la puerta tres golpes espaciados de muy rara manera, y, recibido por una vieja tocada con gorro, preguntó en tono seco :

— ¿Hay alguna carta? ¿No ha venido nadie á preguntar por mí?

— Sí, Leribier, anoche. Dijo que volvería. ¿Tienes que decirle algo?

— Ya le veré. Á ver, Victoria, en seguida : dame agua caliente, y ven á ayudarme á vestir.

La sirvienta pasó á la cocina, tomó un cazo de sobre el hornillo, y entró en una habitación donde, en sendos maniqués de madera, aparecían hasta una docena de pelucas todas diferentes en clase, peinado y color. En un armario colgaba una colección de trajes variados y sobre la mesa tocador se veían tarros y frascos de polvos y tinturas, brochas y pinceles : todo el material del cuarto de un comediante. Dis-

frazado de burgués, coloradote el rostro, el cabello bermejo, Braconneau salió de su tocador hecho un lechuguino recién afeitado, empolvado, tocado con un clac, llevando en la mano un bastón que era una verdadera maza. Dió sus instrucciones á la sirvienta y tras una mirada de precaución en derredor, descendió al muelle. Y con paso menudito, de acuerdo perfecto con el traje, enfiló hacia la calle del Árbol Seco y entró en la taberna de *El león rojo*.

Eran ya las once, y en el salón de la mesa redonda numerosos comensales acababan de almorzar. Braconneau pasó rápidamente ante la puerta, y se dirigió á un pequeño despacho cerrado con cristales donde la mujer del dueño llevaba la contabilidad. La saludó muy amablemente, y ella respondió con familiaridad :

— ¡ Ah, señor ! Hace un siglo que no se os ve por esta casa...

— Señora Brigard, he estado de viaje, pero ya veis que vuelvo.... ¿ Está el abate de Valoris ?

— ¡ Chist ! Nada de abate... — dijo el huésped bajando la voz.

— Tiene usted razón: el capitán. Bueno; ¿ está en casa el capitán ?

— Voy á darle aviso de que preguntáis por él...

— ¡ Cuánta precaución ! ¿ Aún tiene miedo mi querido amigo ?

— Parece que hay necesidad de gran prudencia. La policía anda muy despierta...

— ¡ Váyase al diablo la policía ! señora Brigard. ¿ No ha de poder uno vivir tranquilo ?

— ¡ Ah, señor ! ¡ Ese Fouché es el diablo !

— ¡ El infierno le confunda !... Aquí viene mi querido amigo...

Un hombre joven, bien plantado, de mirada viva y rostro

sonriente, avanzaba hacia el visitador. Vestía traje de tela azul, de corte militar, y los cabellos, sin polvos, estaban cubiertos con un tricornio marcial.

— ¡ Querido Lavernieres ! — gritó con voz sonora. — ¿ Cómo vamos, mi brillante amigo ? ¿ Os ha sido propicio el faraón ? ¿ Y las hermosas ?

— Alto allá, capitán, — interrumpió riendo Braconneau. — No os molestéis en representar vuestro papel ; estamos solos. Valoris miró en derredor, y llevando aparte al pisaverde murmuró :

— Salgamos á la calle... ¿ Tenéis que hablarme ?

— No ; únicamente quería veros para saber si hay novedades...

Los dos caminaron por la calle del Árbol Seco, hacia el muelle.

— Voy á marchar de París, y volver á Normandía, — dijo Valoris. — Aquí no tengo nada que hacer. El abate Bernier me ha encargado de una misión para la Junta de Caen... Se trata de la paz...

— ¡ Ah ! algo mejor esperaba yo de nuestros jefes. ¿ Han fracasado tan en absoluto sus gestiones cerca de Bonaparte, que les ha tomado el desaliento ?

— ¿ Quién os ha dicho que semejantes gestiones se hayan realizado ?

— ¿ Quién ? Desde ayer se vanagloriaba Fouché de que fracasarían. Ya sabéis que, gracias á la viuda Beauharnais, no ignora nada de cuanto puede interesarle. Burriana le vende, á buen precio, el saldo de los secretos políticos del Primer Cónsul... En cuanto á mí, yo tengo al lado del ministro de la Policía un oído bien ejercitado y muy complaciente.

— En cuanto á eso, Lavernieres, verdad es que nos habéis prestado importantes servicios. Por tres veces me habéis librado del arresto y gracias á vos ha recobrado la

libertad nuestro amigo Coster de Saint-Victor, que tan tontamente se hizo encerrar en la Abadía... Sin embargo, no debo ocultaros que en el espíritu de algunos de nuestros amigos existen con respecto á vos prevenciones que á duras penas logro disipar. No es posible — dicen — que esté tan bien enterado, si no está en connivencia con nuestros enemigos. Y es en balde que yo les haga observar que tomáis vuestras informaciones donde podéis y por todas partes, y que lo importante es que nosotros nos aprovechamos de ellas; son gentes desconfiadas, viejos zorros acostumbrados á ventear las trampas, los lazos y las celadas, y se han negado rotundamente á que os ponga en comunicación con ellos todavía.

— ¡ Es posible ! — exclamó con gesto desolado el seudo Lavernieres. ¡ Después de tantas pruebas de adhesión ! ¿ Qué haría falta hacer para justificarme ?

Habían llegado á la orilla del agua, y se detuvieron junto á unos álamos blancos cuyas temblantes hojas casi rozaban la corriente superficie del río. Estaban completamente solos y hasta la distancia de cien pasos que la vista alcanzaba, no se veía un transeunte. Entonces Valoris se inclinó al oído de su compañero Lavernieres con una expresión contrita en el rostro :

— ¿ Qué es necesario hacer ? Partir conmigo para Normandía á fin de probar la sinceridad de vuestro celo. Allí se os pondrá en ocasión de demostrarlo y cuando hayáis detenido algunos correos, de los que conducen el dinero de las contribuciones, y hecho frente á varias patrullas de gendarmes, entonces se os dará el « visto bueno » y no encontraréis ningún obstáculo. Pero si continuáis rondando alrededor de nuestros amigos de París como hasta la fecha... no tendría nada de particular que os ocurriera cualquier desaguisado... Precisamente hoy, me han encargado que os trajese

aquí, á la orilla del río, y que os metiera una bala entre ceja y ceja...

El capitán sacó un pistolete del bolsillo y miró á Braconneau con aire tan poco tranquilizador, que éste se quedó pálido :

— Valoris, ¿ nada de locuras, eh ? Supongo que todo eso es una broma.

Por si no lo era, el policía no perdió de vista el cañón del pistolete que brillaba á dos pasos de su rostro, y comenzó á tentar los bolsillos del gabán como si buscara un arma para defenderse.

— No os molestéis, Lavernieres; si hubiera debido mataros, ya estaría hecho. He querido ahorraros ese disgusto y me limito á preveniros. Mas creedme : si apreciáis en algo vuestro pellejo, no mariposeéis mucho á nuestro alrededor... Cuando tengáis que decirme alguna cosa, ya sabéis dónde podéis encontrarme, y, mientras tanto, sed prudente y acordaos de que no os perdemos de vista. Si sois polizonte, como creen algunos, ya sabéis demasiado respecto á los realistas... De manera que, como es necesario que todo el mundo viva, ocupaos de los jacobinos ahora... Adiós, Lavernieres... Perdonadme el susto que os he hecho pasar...

— ¡ Ah !, lo único que no os perdonaré nunca son las sospechas. ¡ Un hombre que os estima tanto como yo !...

— Bien, bien; continuad estimándome á distancia.

Y al decir esto, Valoris subía ya hacia el muelle, á grandes pasos. Braconneau le siguió con la vista largo rato, y luego, pensativo, murmuró meneando la cabeza :

— Bueno; será necesario que vigile *El gorro azul*, y que me ocupe del hermoso Saint-Regeant. Porque, con los otros, no hay nada que hacer.

En un saloncito situado detrás del despacho de la huésped de *El león rojo*, y alumbrado solamente por la débil

luz de una claraboya, hallábanse reunidos los personajes á quienes hubiera querido Braconneau inspirar confianza. Alrededor de una mesa cargada de papeles, cinco hombres hablaban en voz baja : Jorge, que para estar más á gusto habíase quedado en mangas de camisa; Hyde, Saint-Regeant, el marqués de Polignac y Coster de Saint-Victor, el joven realista á quien el seudo Lavernieres abrió las puertas de la Abadía. El abate Valoris, sin llamar, oprimió un resorte disimulado en el tabique, y la puerta se abrió silenciosamente.

— ¿Qué tal? — preguntó Hyde.

— Ha marchado bastante mal impresionado y no creo que vuelva por aquí. Quizá hubiera sido mejor agujerearle la cabeza, pero no ha querido Saint-Victor... De todas maneras, es necesario cambiar en seguida de residencia, porque esta misma tarde sabrá Fouché todo lo acaecido y nos enviará otro agente cualquiera... Yo conozco en la calle del Dragón, en el barrio de los Agustinos, una casa en cuyo primer piso vive una modista llamada Virginia Grandeau, completamente adicta á nuestras ideas. En ese piso, y detrás del tabique de la cocina, hay dos escondrijos de nueve pies en cuadro que desafían toda pesquisa, hasta el extremo de que los mismos vecinos de la casa ignoran su existencia. De allí salieron sanos y salvos el abate Edgeworth, confesor del rey martir, y monseñor de Carbonieres, después de seis meses de encierro. Opino que Cadoudal, Hyde y Saint-Regeant deben ir allí esta misma tarde.

— Ya hablaremos de eso más despacio, — respondió ruda mente Jorge. — Lo que hace falta ahora, antes de nada, es tomar alguna resolución. Nuestras esperanzas de llegar á un arreglo han fracasado, porque Bonaparte se halla firmemente decidido á confiscar á Francia en su provecho. Es necesario obrar, ¿qué vamos á hacer?

— No hay dos maneras de entender la misma cuestión, — declaró Saint-Regeant, — Es necesario deshacernos del Primer Cónsul.

— Eso quiere decir, matarle. — añadió Polignac.

Siguió un gran silencio á estas palabras. Á pesar de su energía, se impresionaron todos, porque, al fin y al cabo, no hablaban de matar á un cualquiera, sino al vencedor de Rívoli, de Arcola y de las Pirámides. Pero Jorge no era un espíritu pusilánime y reaccionando instantáneamente, frunció las espesas cejas y preguntó :

— ¿Cómo queréis matarle? Hay muchas maneras de obrar. Uno de nosotros puede agredirle con un pistolete ó con un puñal y asesinarle, pero ese procedimiento, os lo confieso con franqueza, no es de mi agrado. Hay en ese acto individual algo de mezquino, y no encuentro en él ni la amplitud de una ejecución ni la nobleza de un combate. Y además, se puede errar el golpe, y el resultado sería desastroso. No; vale más no intentar nada si no se tiene la seguridad del triunfo. Herirle solamente ó no herirle quizá, sería lamentable, porque de cualquiera de las dos maneras, no conseguiríamos más que aumentar grandemente su popularidad. No, repito. Es necesario atacarle con todas las probabilidades para triunfar de él y de sus partidarios, y me ofrezco para ir á la cabeza de la expedición.

— Veamos, Jorge ¿qué plan es el vuestro? — preguntó Hyde acodándose sobre la mesa para escuchar con más atención.

— Hele aquí. Yo haría venir de Bretaña á París, por pequeños grupos, y por caminos diferentes, vestidos de buhoneros, de carreteros y de obreros, hasta una treintena de mis cazadores del Rey. Mientras tanto, adquiriría y pondría á buen recaudo uniformes de soldados de la guardia consular, y so pretexto de remonta para la guarnición de

Versalles, adquiriría suficiente número de caballos y los tendría á pesebre en los alrededores, en Montrouge, por ejemplo, en casa de un hombre de toda mi confianza. Realizado todo esto, acecharía un viaje del Primer Cónsul á San Clodoaldo, y dispondría una emboscada en Sevres ó en Boloña. Ya sabéis que el carruaje de Bonaparte no lleva nunca más de doce hombres de escolta, y preparado yo en la carretera, y gracias á los uniformes, cargaría sobre ellos antes de que tuvieran tiempo de volver de la sorpresa. Entonces, sable en mano, desafiaría á Bonaparte y Dios decidiría entre él y yo. Respondo de quitarle la vida.

— El proyecto es caballeresco, — observó Coster. — ¡ Pero andaos con caballerías con un hombre como ese ! Tiene una suerte tan grande, Jorge, que seguramente se os escaparía. Á no ser que le acompañara su cuñado Murat, en cuyo caso, sería éste el que respondiera al desafío, y al diablo si conseguís vuestro propósito. ¿No sabéis que ese granuja ha jugado el arma en Egipto con los más reputados mamelucos de Moruad, y que la cimitarra no ha podido vencer el temple de su sable? ¡ No, no ! Se necesita algo más práctico y más seguro. Una escaramuza, un combate singular ofrecen una victoria dudosa. Podéis ser denunciado; puede llegar precedido de un escuadrón de dragones en vez de un pelotón de guardias; puede haceros prender por los gendarmes antes de que hayáis tiempo de verle... Entre treinta conjurados, puede haber un torpe ó un traidor...

— ¡ Respondo de mi gente ! — exclamó Cadoudal.

— Para una batalla en los páramos bretones, sí. Mas para una trama en pleno París, en medio de mujeres, entre jugadores... Vamos, Jorge; responded de vos, pero no respondáis de los demás.

— ¿Entonces, qué?

— Yo conozco — dijo Saint-Regeant dulcemente — una

máquina muy curiosa, y muy sencilla, que consiste en un barril relleno con cien libras de pólvora y otras tantas de metralla y de balas. Este barril se coloca en un carrito de mano, con objeto de poder llevarle al sitio donde sea preciso y una vez allí, se mete la boca de un fusil en el fondo de la máquina, se apoya el dedo sobre el gatillo en el instante deseado, y basta. Si en aquel momento pasa el general Bonaparte á caballo ó en carruaje, desaparece de la única manera que á un heroe de su categoría conviene : entre el estruendo de la detonación y el relámpago de la pólvora.

— ¡ No está mal pensado del todo ! — exclamó Hyde sonriendo. — No se puede negar que nuestro amigo Saint-Regeant es un artífice muy ingenioso.

— Á cada uno lo suyo, señores — replicó el joven. — La invención no es mía, sino de un tal Caballero, en casa del cual la descubrió la policía el mes pasado. Dicho Caballero es un revolucionario que hoy se pudre en una mazmorra, pero el barril de pólvora está á la disposición de quien quiera utilizarle...

— Se entiende — rezongó Jorge — que quien le maneje se juega la vida.

— Por eso — añadió Saint-Regeant — pido que se me confie tan delicada misión.

Cadoudal se estremeció; le temblaron las mejillas, y cerrando los puños los dejó caer sobre los muslos robustos.

— ¡ Por Cristo vivo, camarada ! — exclamó — ; sois un excelente muchacho ! No me gusta mucho vuestro procedimiento, pero confieso que sois valiente entre los bravos. Señores; tenemos dos proyectos sobre los cuales es necesario decidir : el mío y el de Saint-Regeant. ¿Cuál os agrada más?

— El de Saint-Regeant, — declaró rudamente Coster, — ofrece tales probabilidades de éxito, que no hay duda posible.

Hyde, Polignac y Valoris asintieron con una inclinación de cabeza.

— Entonces, no hay más que hablar, señores, — exclamó Polignac. — Y para facilitar la empresa de nuestro amigo, debemos abandonar París ostensiblemente. Vos, Jorge, volveréis á Bretaña; vos Hyde, regresad á Inglaterra, cerca de los príncipes, y vos, Valoris, pasad á Alemania. En cuanto á mí, tengo que hacer en Ruán. Creyéndonos dispersados, la policía se tranquilizará, abandonará la vigilancia y Saint-Regeant podrá operar más libremente. ¿Cómo os las arreglaréis, Saint-Regeant?

— Señores, pido que se me dé carta blanca en el asunto. No emplearé más que uno ó dos ayudantes, y eso en el caso de imprescindible necesidad; así y todo, no sabrán hasta el último momento de lo que se trata, porque no creo en los secretos que tiene que guardar más de uno. Por lo demás, voy á imitaros y á salir de París. Ya volveré en el momento oportuno.

— ¿Cómo podremos tener noticias vuestras?

— De ninguna manera. Ya oiréis el ruido de la explosión. Eso os servirá de aviso.

— Abracémonos, querido amigo, — dijo Cadoudal; — porque dudo mucho que nos volvamos á ver. Encomendaos á Dios, mientras yo os recomendaré al Rey.

Y estrechando al joven contra su ancho pecho, le dió la acollada. Después, los seis hombres se dieron la mano, y uno tras otro abandonaron el saloncillo secreto de *El león rojo*.

CAPÍTULO VII

El pabellón de Hanóver era una elegante fábrica en rotunda, del más puro estilo siglo XVIII. Construído por el mariscal de Richelieu después de la campaña de Alemania, fué nombrado así por la ironía popular, que de tal manera exteriorizaba la sospecha de que había sido pagado por el duque con dinero procedente de la guerra. Demolido el palacio Richelieu por orden de la Convención, el pabellón en rotonda había sido conservado y arrendado á un empresario de bailes públicos, y allí fué donde, después de Termidor, se reunió la sociedad parisiense tan largo tiempo privada de distracciones. Allí se celebraron aquellos bailes llamados «de las víctimas», á los cuales, los descendientes de personas muertas en el patíbulo ó asesinadas durante el Terror, acudían llevando en el rostro ó sobre los vestidos señales recordatorias de las heridas á que habían sucumbido sus parientes. Tal gran señora, cuya madre había sido guillotínada, se presentaba con una línea roja alrededor del cuello; tal otro pisaverde, cuyo padre había perecido en Vandéa de un tiro ó de un bayonetazo, mostraba en los ves-